

necesidad un estado social profundamente viciado por instituciones atentatorias á la naturaleza humana, las cuales conservaban su influencia aun sobre el pensamiento de los innovadores que más se encaminaron á la verdad, como Platón y Sócrates en Grecia, Cicerón y la Escuela estóica en Roma, contenía grandes errores en sistemas ficticios que, si bien daban pasto á la poesía clásica, dejaban en hondo vacío las aspiraciones del hombre sobre la tierra, y con alejarlo de los negocios públicos por medio de la esclavitud y de la casta, limitaban en grandísima parte el vasto campo que está destinada á recorrer en nuestros días la oratoria.

Esta no pudo ser entre los antiguos un arte tan humano como en nuestros días. Así, al leer á los dos más grandes oradores de la antigüedad, no podemos menos de notar, no obstante el esfuerzo que en su poder hizo la elocuencia para desprenderse de las trabas de la forma y dedicarse á la profundidad y exactitud del pensamiento, á la defensa y demostración práctica y clara de los principios en que se fundan la justicia y utilidad de los actos humanos, cierto servilismo de escuela traducido por el asiduo culto de un sistema filosófico en boga, por el uso frecuente de términos que parecían consagrados y por la ilación fatal de conclusiones que caían, como por su propio peso, de un aforismo indiscutible y previamente establecido, sin tomar para nada en cuenta la diferencia de circunstancias y de sujetos ofrecidos en una ocasión dada (1).

Si el divorcio, pues, de la Retórica y de la Filosofía, ó mejor dicho, la preferencia otorgada á aquella con menosprecio de ésta, fué digna de censura porque no produjo en la antigüedad ningún resultado útil, debe serlo con mayoría de razón en los tiempos que alcanzamos, porque ya nada disculpa en ellos al ora-

1 Rada. Oradores Griegos.—Rada. Oradores Romanos.

dor, dueño de una filosofía rica y variada, que ha llevado la luz á todos los asuntos y deslindado perfectamente todos los principios de la moral y del derecho, si se afana exclusivamente por rendir culto á las gracias de la forma y descuida el exámen profundo y la claridad perfecta del pensamiento oratorio.

Tácito decía que «las épocas cambian la forma y el género del arte de la palabra» (1).

Así, á nuestros tiempos en que domina más bien la razón que el sentimiento, el espíritu práctico más bien que el idealismo, creemos que corresponde, no una elocuencia afectada, de la cual sean las bellas exterioridades de la forma el principal mérito, sino un género de hablar natural y sencillo, corto, nervioso y preciso. Ya no debe el orador dar importancia á las palabras sino en la medida necesaria para expresar los pensamientos, que deben de ser verdaderos, sólidos, concluyentes y adecuados al asunto. La erudición, en otro tiempo tan fastuosa, no debe ostentarse ya, sino cuando la necesidad la reclama. Se ha sentido en nuestros días que el estilo florido, por dulce y agradable que sea, no puede elevarse sino al género mediocre, y que lo verdaderamente sublime, desdeñador de ornatos prestados, sólo se encuentra en lo sencillo (2). La exactitud de los conocimientos modernos que han conseguido depurarse cada día más de la mezcla de conceptos vagos, séquito constante de la mayor parte de los trabajos intelectuales en la antigüedad, debe reflejarse en el arte oratorio, que para cumplir su destino en nuestros días, ha de proponerse por objeto principal la instrucción, adoptando un estilo claro y conceptuoso en que se traduzcan perfectamente, así la

1 Tácito. De Oradores.

2 Saint-Beuve. Portraits.

abundancia de los datos científicos obtenidos, como su precisión y demostración prácticas.

Mas nada de lo que acabamos de decir ha de entenderse en el sentido de que la oratoria moderna deseché por completo las galas de la elocuencia, y envanecida por las conquistas científicas que le ofrece nuestro siglo, desdeñe sin miramiento alguno la belleza de la forma. Deseosos de demostrar que el arte de la palabra debe curarse más que nunca en nuestros días de los excesos retóricos y afanarse por ser el órgano más solemne, el paladín más valeroso y resuelto de la ciencia, hemos querido dar una idea, aunque ligera, del nuevo estado que guardan hoy los espíritus, de la atmósfera espesa que á todos nos rodea, del derecho inconcuso que asiste al público hoy para ser exigente con el orador, no conformándose con simples flores de retórica, porque todo esto debe imprimir una fisonomía especial á la elocuencia moderna, desrabándola de la esclavitud de ciertas reglas antiguas y adaptándola á nuestras circunstancias actuales; de manera que si los retóricos eran objeto de aversión para los grandes maestros de la Oratoria antigua, porque ahogaban el pensamiento en un océano de palabras, deben de serlo más para nosotros que disponemos de mayor suma de conocimientos, que no tenemos en nuestras ideas los numerosos vacíos que antes sólo podían llenarse con la abundancia de palabras, y que por tanto podemos cumplir mejor el precepto antiguo: «*Cogitare honde, amplie et utiliter.*»

Mas ¿cómo inferir de aquí que la oratoria moderna se desnude de la elegante forma, y cambiando del todo su naturaleza, olvidando lo que es el hombre y renunciando á sus más bellos triunfos, se afane sólo por exponer la realidad de las cosas, su aspecto más obvio y visible, sus contornos más precisos, sin con-

ceder nada á sus relaciones ni con los séres que pueblan la naturaleza, ni con las nociones que atesora nuestro espíritu? El estilo llamado en otro tiempo según el tecnicismo adoptado por los preceptistas, *lacónico* (1), no puede servir sino para la definición, para una que otra frase del discurso; pero sería insoportable por lo oscuro y pobre, usado exclusivamente para convencer y persuadir en toda una pieza oratoria. La misma variedad de los conocimientos modernos exige ahora más que en los tiempos antiguos cierto movimiento, cierta animación en las palabras. Pero el orador actual está más en peligro de extraviarse, si descuida las conveniencias de la forma, que el orador antiguo, porque necesariamente pondrá en su discurso el desorden y la multiplicidad de pensamientos que tanto perjudican á la claridad. Así por huir de un abuso, como decía Horacio, se cae en otro peor. *In vitium ducit culpa fuga.*

¡Triste condición la condición del hombre! Sus progresos llevan siempre impreso el sello de la debilidad, la cual se manifiesta no tanto en el modo con que emprende sus trabajos, sino en la extremada preferencia que de dos principios igualmente ciertos, concede á uno solo con total exclusión del otro. En la antigüedad, la Retórica se separó de la Filosofía: en la edad moderna es la Filosofía la que pretende separarse de la Retórica. Esta produjo por sí sola obras de escaso mérito que se han perdido justamente en el olvido. La ciencia que desdeña los ornatos de la forma, que no procura hacer amable la verdad por medio de una dicción artística y correcta, ¿no pone sus esfuerzos cuando menos en peligro de ser mirados con indiferencia; no falta á su propósito, que es instruir y convencer, toda vez que sus conceptos sean escucha-

1 Cicerón.—Quintiliano.—La Harpe.—Curso de literatura.

dos con prevención y no logren subyugar la voluntad?

Un célebre filósofo francés (1) decía, rindiendo con sus palabras el culto debido á *las gracias de la forma*, que “dada la íntima alianza que existe entre “los actos de la voluntad y los de la inteligencia, no “puede el sabio hacer triunfar un sistema si no lo expone en un estilo adecuado, que lo haga simpático é “interesante.» Las obras filosóficas que más se han distinguido por el profundo pensamiento que las anima, ó porque ellas han señalado un nuevo camino á los estudios, habrían sido poco menos que inútiles, pasando inadvertidas, si sus autores no hubieran tenido especial empeño para unir en ellas el fruto de la meditación con las galas del estilo. No se realiza, no, una revolución en las ideas, ni es posible vencer resistencias que tienen sus raíces en el fondo de los siglos, cuando por muy exactas y probadas que sean las doctrinas nuevas, su exposición adolece del vicio de la sequedad, y parece como que trata de imponerse á los espíritus por la fuerza de la convicción, sin observar las exterioridades del arte. Imitación éste de la naturaleza cuya variedad y movimientos toma en cuenta al dictar ciertos preceptos; habiendo reconocido que el hombre se encamina á la convicción por sus pasiones, las cuales se tornan hacia uno ú otro objeto, del lado de un principio ó del lado de otro, según como se sienten heridas, ha establecido, para lograrlo, ciertos medios naturales y visibles, consistentes en la combinación de las palabras, cuando se trata del discurso; y la experiencia de todos los siglos ha demostrado que no de otra manera se consigue mejor traducir fielmente el pensamiento y hacerlo aceptar por los demás.

1 Gondillac. Discurso de recepción en la Academia Francesa sobre el desarrollo del espíritu humano.

Esto, que es una verdad refiriéndonos á todas las manifestaciones de nuestro espíritu por medio de la palabra, creemos ponerlo fuera de toda discusión al hablar de la oratoria, cuyo ministerio es apoderarse, no sólo de la inteligencia de los oyentes, sino muchas veces primero y principalmente de su voluntad, de sus afectos y antipatías, para que conviertan en actos nuestros pensamientos.

Desde el punto de vista de la utilidad de sus obras, de la trascendencia que tienen en los pueblos, podemos decir que es más fácil concebir un poeta ajeno enteramente á la hermosura de la forma, que un orador á quien pueda reprocharse igual defecto. El uno, es verdad que debe proponerse ante todo el deleite de la imaginación; pero ¿qué se harían las doctrinas sustentadas por el otro, si no eran expuestas con las galas de una dicción correcta y elegante? Si el error y la injusticia toman frecuentemente las formas más seductoras para no ser reconocidos y rechazados, probaría muy poco amor á la verdad y al derecho el orador que, encargado de defenderlos, desdénase emplear los mismos medios, dando así motivo al triunfo de sus enemigos. ¿Por qué cuando se trata de mandar á las pasiones de los hombres, ha de suprimirse el encanto más poderoso que las somete y cautiva? Y nada lo produce tanto como ese arte feliz de embellecer la razón, conservándole su dignidad, y de dulcificar la rudeza de sus rasgos, de darle una tintura viva y penetrante, de despojarla de esa sequedad que repugna, de esa monotonía que disgusta, de esa pesadez que entibia y que fatiga. ¿Qué puede producir el orador más instruido sin ese arte? Una atención muerta, una convicción fría, un homenaje árido é inanimado; algunas veces quizá la tentación de vengarse del fastidio, tomando por menosprecio de la ley el digusto que se

recibe por su intérprete. La moral y la justicia, tan viva y ardientemente contrariadas en el mundo, son las más veces un esfuerzo heróico hecho por el hombre sobre la naturaleza: esto nos indica que la una y la otra tienen necesidad de deslumbrar de cierto modo y de seducir para triunfar.

Poniendo á un lado esos toques divinos que no se definen, y que quedarán siempre en el secreto de Dios, creemos que para afectar sensiblemente á los hombres, es necesario halagarlos; la razón sola arrastra tristemente en pos de sí los principios y las consecuencias; es la imaginación que los arranca. por decir así, del espíritu en que languidecen sin movimiento y sin vida, para reproducirlos hasta en el fondo del corazón é interesar el sentimiento en su victoria; ella es quien hace temible lo que es necesario temer, sensible todo lo que debe amarse, patético todo lo que debe enternecer; ella sola pone en acción las máximas y los preceptos, da á los objetos el tono de las circunstancias, los pinta con los colores propios del efecto que deben producir, los descompone, los divide, los reúne, y por la mezcla feliz de impresiones dulces ó terribles, asegura ese precioso interés que penetra y que subyuga; ella sola, en fin, pasa, por explicarme así, á través de todos los sentidos encadenados, pone su trono en medio del alma, la excita ó la serena, y por el silencio que impone á las pasiones, llama á su grado el estremecimiento ó el deseo, el respeto ó el amor, el remordimiento ó la esperanza. ¡Útil y benéfica seducción! ella nos subyuga con sus mágicos encantos, y algunas veces se inclina obediente á los pies de la verdad.

Si la ciencia es el estudio de lo verdadero, las bellas artes son su imitación. El filósofo moralista y el poeta observan el corazón humano; el uno para

analizarle, el otro para pintarle y conmoverle. Los estudios de la razón deben esclarecer necesariamente los trabajos de la imaginación, y ésta prestar á aquellos los esplendores que posee en abundante manantial. No es sino en este siglo cuando se ha querido separar lo que la antigüedad más sabia y celebrada miraba como inseparable. El espíritu más vasto y esclarecido que ella tuviera (1), con la misma mano con que trazaba los principios de la Lógica, de la Política y de la Moral, grababa para la inmortalidad las reglas de la Poética y de la Retórica, en cuyas obras, á pesar del transcurso de tantos siglos, se contienen los mejores elementos de las dos artes. Cicerón fué á la vez el más grande orador y el mejor filósofo de que la antigua Roma se glorifique: sus libros didácticos sobre la Elocuencia están todos, así como los del sabio de Stagira, fundados sobre ideas filosóficas y escritos con esmerado ornato y corrección de estilo. Quintiliano, que es el preceptor más popular del gusto, consagró un capítulo en sus *Instituciones oratorias* (2) á probar la necesaria alianza de la filosofía y de la elocuencia. Plutarco y Tácito son señalados con el título de *escritores filosóficos*. Horacio dejó á la posteridad versos admirables de una corrección típica, que son, según la advertencia de La Harpe (3), como el *Código de las gentes honradas*.

En Francia, Boileu es llamado *el poeta de la razón* (4). La *Historia natural* de Buffón no tanto es célebre por los conocimientos científicos que en ella ostenta su autor, cuanto por el noble y brillante estilo con que está escrita. Voltaire sembró ideas filosóficas

1 Aristóteles.

2 Cap. XXII.

3 Curso de Literatura

4 Lamartine. Curso de Literatura.

aun en sus obras de imaginación. Las pasiones extraviaron su filosofía; pero no es éste el momento de examinar la influencia que ese hombre extraordinario tuvo para enriquecer la bellas letras y manchar su siglo con el torrente de los vicios y los crímenes.

En Inglaterra el trozo más elocuente de su poesía, es aquel en que Pope ha desenvuelto las ideas de Leibnitz y de Shaftesbury, como Lucrecio las de Epicuro.

Hé ahí en los tiempos modernos al gran filósofo español D. Jaime Balmes. ¿Qué espíritu más levantado, qué poder de análisis más sorprendente, porque nadie como él, desde el Doctor Angélico (1), ha llevado tanta luz á las inaccesibles cimas de la metafísica? Y al mismo tiempo, ¿qué obras contienen una dicción más correcta, un estilo más puro y castizo, imágenes más elegantes y oportunas?

No hay que dudarle: del consorcio de la ciencia y de la bella forma debe resultar la perfección de la oratoria. El estudio de los grandes modelos y una crítica prudente, bastarán para lograr que las galas *retóricas* correspondan perfectamente al asunto de un discurso. Nosotros creemos poder determinar con la posible exactitud, la participación que uno y otro elemento deben tener en la elocuencia, repitiendo aquellas palabras de Fenelón, que encierran en compendio todo un tratado del arte oratorio (2): “Se ha comprendido que es necerio hablar y escribir como los “Rafael, los Carrascos y los Pusinos han pintado, no “para realizar maravillosos caprichos y hacer admirar “la imaginación, jugando con el pincel, sino para “pintar conforme á la naturaleza. Se ha reconocido “también que las bellezas del discurso deben pare-

1 Santo Tomás de Aquino.

2 Discursos de Recepción en la Academia francesa.

“cerse á las de la arquitectura; las obras más atrevidas y más trabajadas del orden gótico no son las “mejores. No hay que admirar en un edificio parte “alguna, destinada al solo ornato; pero atendiendo “siempre á las bellas proporciones, se deben convertir en ornato todas las partes necesarias para sostener un edificio.»

Y no se crea que nuestro siglo sea poco propicio al desenvolvimiento de la elocuencia por el exceso de los trabajos científicos que tanto lo honran. A seguir la opinión dominante, deberíamos desistir por completo del estudio de un arte, que parece carecer de objeto en nuestros días y no encontrar asuntos dignos para su ejercicio. Hemos asistido, según algunos, á los funerales del arte de Demóstenes y Cicerón. La elocuencia, se dice, pudo vivir en la antigüedad merced al alimento abundante que le ofrecían las turbulencias políticas, las invasiones de los conquistadores, los tronos vacilantes, el esfuerzo de los pueblos, que se revolvián en constantes agitaciones para emanciparse del yugo de los déspotas, y darse una Constitución en que estuvieran detallados sus derechos y puesto á raya el absolutismo de los reyes.

En días más inmediatos á nosotros; abolida de derecho la esclavitud en Europa y en América; cimentado el poder de naciones que propugnaron largo tiempo por su independendencia, y notándose por todas partes que los pueblos caminan seguros por las vías pacíficas del trabajo y de la industria, no quedan á la elocuencia dificultades por vencer, conquistas por realizar, teatro donde ostente sus trofeos, ni objetos que infundan la inspiración y los bríos de que tanto necesita.

Tales son las opiniones que hacen valer hombres sin fe y quizá conjurados enemigos de los progresos

del presente siglo. Sus desalientos han sido de todos los tiempos, y en vez de probar la decadencia del arte oratorio, son sintoma seguro de la sequedad de corazón que se ha apoderado de algunos y de su impotencia para levantarse á contemplar dignamente el espectáculo grandioso que ofrece nuestro siglo. Si es verdad que los grandes asuntos elevan el pensamiento y dan un tono igualmente elevado al estilo del discurso, ningún siglo más favorable que el actual para ensalzar la elocuencia y lograr que pase por una especie de brillante transfiguración.

Tienen las ciencias, aun las naturales, desde el punto de vista de las dificultades que allanan, del poder del hombre que multiplican, de su dominio sobre la materia que aumentan, su lado trascendental que se roza intimamente con la más sublime inspiración. Así, no podemos menos que admirar la alta elocuencia con que Newton y Descartes, dos legisladores en el arte de pensar, dos grandes matemáticos, hablan de Dios, del tiempo y del espacio.

Un insigne orador francés (1) hallaba asunto digno de su elevada elocuencia la muerte del inventor del pararrayo, del gran pensador Benjamín Franklin, y con tal motivo pronunciaba en la Asamblea Constituyente una oración fúnebre brevísima pero digna, por el vigor del pensamiento, de un Demóstenes, y por la brillantez del estilo que en ella campea, de un Quinto Curcio.

No son los asuntos los que faltan hoy á la elocuencia; es el esfuerzo denodado que hace ascender nuestra alma á la cima de las grandes y levantadas ideas, y aguijoneando nuestra imaginación, nos hace pintar con colores necesariamente hermosos, el espectáculo que nos rodea.

1 Mirabeau.

Siempre será objeto digno de encender la inspiración y de inflamar nuestro espíritu la viril osadía con que hoy asciende el hombre á los espacios, atraviesa impávido el oceano, domina los vientos, cambia el curso de los ríos, aproxima por medio del vapor los pueblos, da alas con la electricidad al pensamiento, y transforma á su autojo con una industria poderosa y sorprendente toda la naturaleza.

Por lo demás, la elocuencia no perecerá mientras haya corazones humanos susceptibles de conmoverse por las agitaciones de la esperanza ó del temor, del amor ó del odio apasionado.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID
 V. A. N. E. I.